

en honestos ejercicios aquella edad, que es como la calentura del hombre, y el paso mas peligroso de la vida de los mortales.

Asimismo se debia procurar con eficacia que ciertos Maestros mirasen con atencion á las reflexiones que acabamos de hacer, para que se contuviesen en la cruel fiereza, que exercitan contra los pobres chicos, castigándolos tan fácilmente, y haciendo que la casa de la enseñanza parezca con tanto azote una galera. Si el defecto de los jóvenes proviene de su perversa voluntad, desobediencia, y obstinacion, serán justos los castigos, aunque siempre deben ser moderados, y alguna vez los mismos pacientes conocerán que se les castiga con justicia. Pero si sus defectos son originados de su mala composicion, y dureza de sus cabezas, por cuyo motivo, ó son muy cortos de memoria, ó tienen el entendimiento muy confuso, y de consiguiente no pueden adelantar mas de lo que su naturaleza les dió, ¿á que fin castigar esta impotencia? ¿Y que culpa tienen las manos para descargar sobre ellas la palmeta, ó disciplina tan repetidas veces, quando no tienen bien dispuesta la cabeza, y no pueden, ni saben hacer mas de lo que hacen?

CAPITULO VI.

De la fantasía ; y como influye en las acciones del hombre.

§. I.

A Hora explicaremos con mayor atencion los oficios, y empleos de la fantasía, ó imaginativa, baxo cuyo nombre, como ya lo hemos observado, entendemos aquel admirable libro del cerebro humano, donde se estampan, ó escriben las nociones, ó imágenes intelectuales, que son las copias de los objetos sensibles que recogen los sentidos externos, y las entregan á los nervios,

vios, y á los espíritus animales, para que por medio de estos conductos sutilísimos pasen al emporio del cerebro. Todo quanto hemos dicho hasta aquí del poder del cuerpo, y su influencia sobre los movimientos del alma, todo se hace por lo comun por medio de la fantasía, porque al mirar nuestra alma misma fixados en ella los fantasmas, ó imágenes de las cosas, luego que su presencia despierta en ella alguna pasion, ó movimiento, nacen tambien muy de ordinario varias acciones, que segun sus circunstancias, pueden ser malas, ó pueden ser buenas.

Por lo qual importa mucho al hombre examinar, y conocer bien este terreno maravilloso, tanto para evitar todo engaño, quanto para saber regular muchas acciones morales, que de aquí tienen su origen. Pero esto no es porque la fantasía sea por sí una facultad inteligente, motriz, ó animada; pues no es otra cosa que el cerebro mismo, adornado con las pinturas de aquellas imágenes, ó figuras, por lo que debe dicho cerebro llamarse mas bien instrumento del alma, como lo son del mismo modo los espíritus animales, y los sentidos. Con todo, estos mismos instrumentos, de que se sirve el alma, que los domina, y manda, como, y quando quiere, tienen tambien poder para mover al alma, y al cuerpo, que le está unido, para que exerzan muchas operaciones morales. Como se haga esto, lo vamos á explicar al punto.

§. II.

DE los varios movimientos de nuestro cuerpo, parte de ellos son necesarios, y estos se siguen, ó se hacen sin que nuestra alma los mande, y aun repugnándolo nuestra voluntad muchas veces. Vemos esto claramente en el sueño, la sed, y el hambre, y en las caidas inevitables, quando los pies no están firmes, &c. Otros son voluntarios, como los que ordinariamente hacen los pies, las manos, la lengua, y los ojos, &c.

quando los ordena, y manda el alma á la fantasía, la qual prontísimamente obedece quando el cuerpo está sano, y destaca los espíritus animales por los poros de los nervios, y músculos convenientes á la parte que se ha de mover, la que se mueve sin dilacion. Pero lo que á nosotros importa por ahora es el conocer, y entender la fuerza de la fantasía, y de los espíritus, que viniendo de ella, están prontísimos á obedecerla, y servirla.

El sexô femenino, que por lo regular es mas endeble que el masculino, suele por esta razon misma tener una fantasía mas delicada, y de fibras menos consistentes, y por tanto está mas sujeto á mayores alteraciones, y mas fuertes impresiones. Sabemos quan fácilmente imprime en los tiernos fetos, no solamente sus deseos, y antojos, mas tambien sus miedos, y espantos, con otras pasiones de este género. Sabemos asimismo, que por la fuerte imaginacion de un peligro resulta frio, amarillez, y temblor á todo el cuerpo, calor por la cólera, color encendido en el rostro por la vergüenza, con otras muchas mutaciones, que traen su origen de la fantasía. Y habiéndose encontrado varias mugeres, á las quales por muchos meses, y aun por años se les secaron del todo los conductos de la leche, los recuperaron maravillosamente en el lance, y necesidad de criar algun infante, como lo testifican muchos, y muy acreditados Escritores; sucediendo esto verosísimamente por el gran deseo, y por la fuerte imaginacion, la qual envia los espíritus animales para que abran el camino al chilo, destinándolo á los vasos propios para convertirlo en leche, si es que no se forma de otro modo aquel alimento tan necesario á los niños.

Del mismo modo atribuyen los sabios á la tenaz, é inmunda fantasía de otras mugeres el figurarse que son llevadas, quando están durmiendo, al Nogal de Benevento (como si dixéramos en España al Campo de Baraona), de hallarse allí presentes á la conversacion, y disolu-

cion

cion abominable de los hechiceros, ó bruxos; de modo, que aquellos prudentes Ministros, que velan para corregir estos malos humores, castigan, y deben castigar las maliciosas locuras; pero saben que no se debe dar crédito á estos sueños, y maliciosos engaños. Aun diré mas en este punto. Puede suceder esto mismo á las almas buenas, pero con un efecto contrario. Una viva aprehension de aquellas verdades que nos ha revelado la Iglesia Santa, si encuentra acaso con fantasías endebles, por haberse compuesto de fibras demasiado floxas, y blandas, puede sin duda desconcertar la armonía del cerebro, y de personas verdaderamente devotas hacerlas visionarias. Esta casta de gentes, aunque mas frecuente por los tiempos pasados, dura aun en nuestros tiempos, y con especialidad entre las mugeres.

La continua meditacion de algunos, y de algunas, y el andar agitando con gran fuerza en el interior de su cerebro las imágenes de Dios, de los Santos, del Paraíso, y otros objetos sagrados, puede causar allí mismo una impresion tan profunda, que ademas de un vehemente dolor de cabeza, les parezca que real, y verdaderamente se han elevado á visiones celestiales, y sobrenaturales. Porque no se puede negar, que ademas de los éxtasis sobrenaturales, hay tambien éxtasis naturales, raptos, y abstraccion de sentidos, y que pueden provenir de la fuerza de la fantasía acostumbrada á ellos, sin que tenga en esto parte alguna la Divinidad. Pueden muy bien los espíritus animales, quando el alma con atencion fixa está toda empleada en contemplar, y agitar las imágenes de la fantasía, ser todos naturalmente convocados al cerebro, de manera que queden abandonados los sentidos. Durmiendo, y soñando tenemos de esto un exemplo en nosotros mismos, y lo experimentamos tambien aun quando estamos en vela; porque si con atencion fixa ponemos la consideracion, y pensamos en algun importante negocio, sucede entónces fácilmente que ni vemos los objetos, ni oimos el ruido

Tom. I.

G 3

que

el ruido que está presente á nuestro sensorio.

Pudiérase hacer aquí mencion de las abstracciones extraordinarias de algunas personas; pero bastará solamente aquella que padecía el Príncipe de los Poetas Epicos Italianos Torquato Taso, hombre de humor melancólico, que de repente, y en presencia de sus amigos se enagenaba, y abstraía, y se ponía á discurrir con uno que él creía ser genio bueno, y benéfico, y dialogizaba con él por medio de preguntas, y respuestas. Es muy verosímil que la novela del genio de Sócrates hubiese hecho una fuerte impresion en la fantasía de este grande hombre, y que aquel que respondía en el diálogo al Taso, fuese el Taso mismo, gran Poeta, y gran Filósofo. A nosotros suele suceder lo mismo quando soñamos.

§. III.

El Cardenal Federico Borromeo, Arzobispo de Milan, personage insigne, así por su raro saber, como por su piedad, y por la discrecion de espíritus, en un tratado inédito, entre otros exemplos, trae dos pruebas claras hechas por él acerca de estas imaginativas ilusas. A una buena doncellita, que le contaba como muy ciertas, y freqüentes algunas visiones, y celestiales revelaciones suyas propias con raptos al Cielo, donde ella aseguraba que tenia el Sol debaxo de los pies, como aquí abaxo tenemos la tierra: á esta digo, le preguntó el Cardenal ¿de que figura, y de que tamaño era el Sol? Y le respondió, que puntualmente era como el Sol que vemos desde la tierra. No necesitó mas el Cardenal para conocer que ella deliraba santamente.

A otra semejante, que creía firmemente que nuestro Salvador se le aparecía muchas veces, le pidió este docto Prelado que lo encomendase á su Divino Esposo en aquellas dichosas audiencias, y conversaciones; y que le preguntase que debería hacer el mencionado Cardenal de una piedra preciosa que él tenia, para agradar,

dar, mayormente á la Magestad Suprema. La respuesta fué, que el Cardenal la vendiese, y diese todo su precio á los pobres. Pero quiso la desgracia que el Cardenal en aquella piedra preciosa intentó significar su propia alma; y habiendo descubierto de este modo que el fingido Redentor no habia penetrado su intencion, descubrió al mismo tiempo que aquella buena Religiosa no se hallaba favorecida de visiones milagrosas; pero sí que su fixa, y fuerte imaginacion la tenia ilusa.

Por tanto es digna de toda alabanza la circunspeccion, y delicadeza del Santo Tribunal, que en Roma, y otras partes juzga de semejantes visiones, no permitiendo que los juguetes de la fantasía, particularmente de mugeres, se confundan con aquellas verdaderas visiones, y revelaciones, que pueden provenir del mismo Dios. ¿Faltan acaso en nuestros tiempos imaginativas semejantes á las que hemos referido? No por cierto: falta sí aquella gran facilidad, que reynaba alguna vez, de creer, y tener por sobrenatural todo aquello que era raro, y maravilloso, y abunda por otra parte la sabiduría, y cautela en aquellos Tribunales, que cuidan de que la verdad no se confunda con el error, y que se separe el trigo de la cizaña.

La fantasía sola, agitada fuertemente por el deseo, y la esperanza de recobrar la salud, concibiendo presente el sobrenatural auxilio de Dios, que puede hacerlo todo, y la intercesion de algun Siervo suyo, es apta naturalmente para enviar con gran fuerza los espíritus animales por las vias, glándulas, y poros del cuerpo, que están impedidos por alguna detencion de humores, y obstrucciones, y lograr, que vencido todo impedimento, vuelvan á circular los fluidos, y á exercitar sus funciones propias los tendones, músculos, y nervios, que ántes estaban, ó muy perezosos, ó del todo destituidos de aquel vivo, y tan necesario influxo de los mismos espíritus. Esto especialmente puede suceder en ciertas enfermedades á que están sujetas mas

frecüentemente las mugeres. Y omitiendo por ahora muchos exemplos que tengo leidos sobre este punto, haré mención de uno solo.

Sé ciertamente, que una persona poseida de una molesta, y fuerte calentura, habiéndola desahuciado los Médicos, esperaba por instantes el de su muerte; pero al ver una noche que en la casa de su vecino se habia prendido fuego, aprehendió tan vivamente el peligro de abrasarse, que levantándose de la cama como pudo, y caminando á gatas, como se suele decir, se puso en salvo, y de allí á pocos dias se halló libre de la enfermedad peligrosa que la molestaba. Tanto puede una viva aprehension, y un esfuerzo de la fantasía, quando una fiera pasión la persigue, y estrecha. A esto sin duda suelen atender los buenos Médicos quando recetan ciertos remedios, que ellos conocen ser insuficientes por sí mismos para dar la salud en las enfermedades peligrosas, y con todo los recetan, y mandan, por si acaso la enfermedad fuese una de aquellas que la fantasía del paciente, ayudada de la viva aprehension, de la eficacia del remedio recetado, pudiese superar casualmente con un esforzado concurso de los espíritus animales.

En un Opúsculo que escribió el Fieni, intitulado: *de Viribus imaginationis*, trató este punto, aunque no con aquellas luces, y erudicion que pide una materia tan importante para el perfecto conocimiento del hombre. Ni yo diré mas sobre este argumento, queriendo mas bien remitir al lector á lo que en orden á esto debemos esperar que escriba la gran pluma del Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Bolonia Próspero Lambertini, en continuacion de su noble obra de la Beatificación, y Canonizacion de los Santos.

§. IV.
Alguno quizá parecerá que esta es una digresion, pero no es así en la realidad; porque con esto he querido preparar, y disponer á los ménos inteligentes, y experimentados para que conciban, y conozcan la fuerza, y poder que en el hombre tiene su imaginativa, y abrimme con esto el camino para mostrar mas claramente su influxo en nuestras costumbres. No parece sino que en muchos hombres la fantasía ocupa el lugar de la razon. Ya se ha dicho, y cada uno lo experimenta en sí mismo, como llevadas las imágenes de los objetos externos al cerebro, y fixadas allí, las aprehende el alma sin dilacion; pero no experimentamos movimiento alguno, si juntamente no se nos presenta alguna idea, opinion, ó verdad que nos advierta ser aquello lo que debemos huir, ó lo que debemos abrazar.

Quando sucede esto último, se levanta al punto alguna pasión, esto es, algun movimiento en el alma, ora pequeño, ora grande, de amor, de odio, de temor, de esperanza, de cólera, y otros semejantes afectos humanos, á quienes de ordinario siguen varias operaciones morales, ya buenas, ya malas, ya indiferentes. Se imprime, y pinta, ó está ya impreso, y pintado en la imaginacion de una persona un enemigo suyo, que juzga le ha ofendido, ó que podrá ofenderle. Luego que este se le pone á la vista, ó que oye hablar de él, ó que su alma, paseándose, y registrando las celdillas interiores de su cerebro, se encuentra con aquella molesta imagen, moviéndose al punto los espíritus animales, se excitan en él la indignacion, la rabia, y el temor, á proporcion del mayor, ó menor mal que aprehende, y concibe que su enemigo puede hacerle.

Al contrario si el objeto es amable, y apetecible, es ó por su bondad, ó utilidad, ó porque se les propone adornado de alguna otra buena qualidad; y advertido en el cerebro este fantasma, mueve al alma

á los afectos de deseo, amor, esperanza, delectacion, y á otros semejantes, á medida de la facilidad, ó dificultad que se le representa en conseguirlo; y quando no sea asequible, basta para causar complacencia, mirar solamente el original, ó el retrato que agrada, pintado en la fantasía. Por esta causa concurre esta muchas veces á excitar nuestras pasiones, y sola ella es bastante para poner nuestra alma con el cuerpo en un movimiento desordenado, á proporcion de la pasion misma que conmueve al alma.

Debemos ahora considerar, que á veces aquellas imágenes de los objetos, que nos envian los sentidos, y que mueven en nosotros alguna pasion vehemente, ó gustosa, ó desagradable, pueden imprimirse tan profundamente en el meollo del cerebro, ó bien sea por tanto mirar, oír, ó recibir frecuentemente en otra forma sensible aquellos fantasmas, ó bien pensando, y repensando vivamente en ellos, que resulte de todo esto un gran desorden en la fantasía, y que se comunice tambien á la misma alma; porque habituados los espíritus á correr por las huellas que aquellos objetos han dexado impresas, ocasionan en el alma aquel movimiento de aversion, ó de gusto; y el alma, que no puede menos de mirar, y remirar aquellas imágenes impresas tan profundamente, y de moverse al compas de la pasion, que las aviva, se halla muchas veces con gran dificultad para poder vencerla, y abstenerse de las obras á que incitan las referidas pasiones. Puede tambien alguna vez llegar al término de una impotencia accidental, aunque grave, para poderla resistir; y este último paso viene á ser una enfermedad del cerebro, cuyos fatales síntomas experimenta, y siente el alma misma.

En otra obrita mia, donde he tratado del *buen gusto de las artes, y ciencias*, observé que se ha encontrado alguno que de tanto deleytarse en considerar lo eminente de la brillantez de la Púrpura Cardenalicia, de tanto desearla, y juzgarse digno de ella, y de algun otro

otro accidente, que acaso se halló mezclado en estas imaginaciones, se creyó Cardenal efectivamente, y se le fixó tan fuertemente este fantasma, que por mas que otros sujetos juiciosos le persuadiesen, le predicasen, y procurasen quitarle de la cabeza esta aprehension tan desbaratada, nada bastó para apartarlo de aquella falsa opinion que habia concebido; siendo por otra parte un sujeto que en las demas funciones intelectuales manifestaba un recto, y penetrante juicio. ¡O gran Dios! y que expuesta se halla esta hechura maravillosa de vuestras manos á extraordinarias metamorfosis! ¡Y quantos medios no teneis Vos para humillarnos! Otros se creyeron Reyes, Papas, Gigantes, &c., otros que tenian la nariz de vidrio, &c.

Ya hemos dicho, que sin este órgano corporeo de la fantasía no puede nuestra alma exercer sus funciones, por lo menos en quanto á las imágenes de las cosas sensibles; y por esto, si se halla la fantasía débil, ó desordenada, no hay que admirar que el alma no se encuentre desembarazada para producir, como conviene, los actos que son propios suyos. Bien es verdad, que semejantes delirios pueden darse en el hombre sin culpa suya, ó por el desconcierto de los humores, ó por la gran fuerza de los espíritus agitados, y encendidos, ó por otras causas naturales: tambien lo es que muchas veces en alguna manera es culpable, ó porque no se valió de las luces de su entendimiento, ó no quiso buscar á los principios auxilio, y consejo en algun sujeto prudente, y sabio; esto es, quando aquel fantasma, que despues llegó á ser obstinado, é indómito, se hallaba sin tanta pujanza, y como en la cuna. Cierta persona, á quien yo conozco, de mas que comun, y vulgar entendimiento, á quien se habia fixado profundamente en su cerebro uno de estos fantasmas engañosos, teniendo hecho buen concepto de mí, como su verdadero amigo, prometió darme crédito, y asentir á lo que yo le dixese en el asunto. Le propuse tantas

razones, y procuré con quanta fuerza supe, y pude imprimírselas en la fantasía tan vivamente, que se dió por convencido, y por algunos meses se mantuvo quieto; pero de allí á poco volvió á dar entrada á aquella imágen molesta, de manera que llegué á conocer que estaba en su primera fuerza, y vigor. A semejantes fantasías acaso podrá socorrer el arte Médica, destruyendo con una rigurosa dieta los malignos espíritus animales del cuerpo, como se practica en los Hospitales de los locos, donde aquellos miserables están reducidos á tal extenuacion de fuerzas, que parecen esqueletos animados; y reproduciendo en ellos despues otros espíritus inocentes, que puedan servir mejor á la fantasía, se libren muchos de una enfermedad tan molesta, como peligrosa.

§. V.

Quiero acordar aquí, como de paso, que á estos mismos principios se debe atribuir la flaqueza, y miseria de muchas personas (por lo comun mugeres de una fantasía viva, y flaca juntamente), las cuales se creen poseidas de los malos espíritus, no estándolo verdaderamente, naciendo esta su imaginacion deplorable de afectos histéricos, de cuentecillos de otras mugeres, y á las veces tambien de la ignorancia de aquellos Ministros Sagrados, que no saben, debiendo saberlo, distinguir los endemoniados verdaderos de los que son puramente imaginarios. He conocido una jóven bastante advertida, que movida de la curiosidad de ver conjurar á una endemoniada, le tocó esta casualmente en una pierna, y fué tan fuerte la aprehension, é imaginacion de la dicha jóven, que sin otro motivo comenzó á sentir un grande temblor en aquella parte tocada, que juzgó que ya estaba endemoniada como la otra, y no costó poco para quitarle de la cabeza tan horrible fantasma.

Paso de aquí á hacer mencion de otros objetos sensibles, que si no hieren tanto la imaginativa humana, no dexan de lastimarla bastantemente, impeliendo al

alma misma, é incitándola para que prorumpa en acciones desordenadas. Tenemos freqüentes exemplos de esto en la fiera pasion de amor, y afecto entre las personas de uno, y otro sexó, de quienes nos enseña la experiencia que así como el fuego se aviva, y enciende soplando el ayre reciamente, así tambien en estas el amor profano se enciende, y aviva con la conversacion. Hállanse algunas personas que tienen las fibras del cerebro tan demasiadamente blandas, que con facilidad reciben las impresiones de los objetos que tienen presentes; y por tanto un objeto que arroja suspiros tiernos, que dirige gracias, y continuas miradas, que hace gestos amorosos, cariñosos meneos (quando es correspondido con dulces, y lisonjeras expresiones), acompañados muchas veces de otros varios modos, que aun siendo desarreglados, y bestiales, no dexan de ser lisonjeros, y apetecibles: estos tales objetos, decia, estampan su imágen en aquellas tiernas fibras, y por consiguiente despiertan, y ponen en movimiento una pasion de amor tan poderosa, que hace quedar absorta, y como enagenada al alma misma. Obscurecido, y como atolondrado de este modo el entendimiento, no sabe descubrir otra cosa que perfecciones en el objeto amado; y arrebatada el alma, por la complacencia que aquel objeto le causa, en él tiene siempre fixa su imaginativa.

Por esto se empeñan con vehemencia los superiores, los amigos, y aun los Oradores Sagrados, á exhortar, predicar, y proponer á estos amantes graves, y bien fundadas razones, mezclando ruegos, y amenazas para romper los grillos de su pasion; pero por lo regular en vano se cansan; porque engolosinada, y embebida la fantasía en aquel objeto, hace poco caso, y aun se burla de quien intenta disuadirla, y apartarla, pareciéndoles á estos amantes ciegos que emplean bien toda su hacienda, y patrimonio en alimentar, y sostener aquel fuego impuro. Ni se repara en perder el honor, la reputacion, y fama, y aun el alma misma, sirvien-